

KAKATUKAN



NO
34



Chavón
Revista infantil



1.—Después de salvar al español, entre los prisioneros que le dieron armas para atacar a los salvajes, que huyeron sin combatir, estaba el anciano padre de Domingo, el cual se enterneció al ver a su hijo.



3.—Robinson los condujo a todos a su fortaleza, para que descansaran y se repusieran bien.



4.—Al otro día, el español le contó a Robinson que no muy lejos se encontraban varios hombres blancos, abandonados en aquellas tierras.

Redacción y Administración: — Agustinas 1639. — Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 34

Chascón y Tarzán estaban muy asombrados del sitio a que el desconocido les condujera. Como estaban bastante fatigados, sentáronse en unos cojines, en el suelo. El desconocido golpeó entonces las manos y al momento apareció un negro con turbante y lanza, que se inclinó lleno de reverencia.

—Avisale al Jefe Supremo que han llegado unos visitantes — le dijo el desconocido al negro.

Este volvió a inclinarse y salió sin ruido de la sala. Llegó hasta donde se encontraba el Jefe, que era un dragón muy extraño, que vivía al fondo de una cueva iluminada.

—Han llegado unos visitantes — le dijo el negro.

—Que los traigan a mi presencia — contestó el Jefe, con una voz que parecía terremoto.

Los visitantes fueron llevados a la cueva y el dragón los examinó con una gran curiosidad. En seguida dijo con su terrible voz:

—Ordeno que sean llevados a la Gruta de la Serpiente.

—¿Qué demonios será eso? — pensó Chascón.

—¡Bonita aventura es ésta, para dejar pálido al más colorado! — pensó Tarzán.

Y los visitantes fueron conducidos a la Gruta de la Serpiente. Así se llamaba esta gruta, claro está, porque una serpiente la custodiaba, con sus mil lenguas y sus ojos de fuego.

—Debemos huir cuanto antes — le dijo Chascón a Tarzán. De otra manera moriremos aquí irremediablemente.

—Así me parece — contestó Tarzán, tiritando.

Pero era difícil escapar. La Serpiente vigilaba. Al cabo de algunas horas, un negro trajo en una bandeja de oro algunos pájaros para que la Serpiente se los comiera.

—Aquí tienes tu almuerzo — le dijo el negro, inclinándose profundamente.

La Serpiente estiró media docena de lenguas y devoró en un abrir y cerrar de ojos seis tortolitas, ocho codornices y siete gorrones. Después cerró los ojos y comenzó a roncar como si fuera un hombre gordo cualquiera.

—Este es el momento para huir — dijo Chascón.

Tarzán lo siguió silenciosamente, reteniendo la respiración y lleno de miedo de ser descubierto. Al poco rato, estaban fuera de la gruta. Lejos se oía roncar a la Serpiente.

VEA EN LAS PAGINAS CENTRALES LA CONTINUACION
DE ESTAS EMOCIONANTES AVENTURAS)

Kakaturukán

Matilde tenía las orejas coloradas y relucientes, igual que las mejillas; rojas también las manos. Todo porque su aya Felisa acababa de lavarla, no de ese modo habitual que le deja a uno limpio y a gusto, sino con un lavado minucioso, de los que producen un ardor y un escozor tales que el paciente anhelaría ser un pobre niño salvaje para no saber nada, correr medio desnudo al aire libre y no meterse en el agua más que cuando sintiese calor. Matilde hubiera deseado pertenecer a una tribu salvaje, mejor que haber nacido en la ciudad.

—A los niños salvajes — decía — no se les lava minuciosamente las orejas, ni se les ponen vestidos que tiran por debajo de los brazos y pinchan en el cuello; ¿verdad, Felisa?

Pero ella contestaba—: ¡Qué tonterías dices! — y después añadía—: ¡Estáte quieta, niña, por el amor de Dios!

Felisa era la niñera de Matilde, que muchas veces la encontraba molesta. Tenía razón la chiquilla cuando pensaba que los niños salvajes no llevan vestidos estrechos, y también es verdad que no los lavan excesivamente, ni los cepillan, ni los peinan, ni los calzan, ni menos les ponen los guantes y el sombrero para llevarse los en un ómnibus a Quintasetria, a ver a tía-abuela Pilar.

Pero no habían consultado al Destino, y el Destino tenía otros proyectos relativos a ella.

—No tardaré ni un minuto — había dicho el aya. Pero

Matilde ya sabía lo que pasaba, y se sentó a esperar, con las piernas colgando, en postura lastimosa.

Ya había estado otras veces en casa de tía-abuela Pilar y sabía exactamente lo que iba a ocurrir. La preguntaría por sus lecciones, cuántos premios tenía y si había sido buena.

Se sabía de memoria Matilde cuáles iban a ser las preguntas de tía Pilar, y que, en cuanto ella contestara, le darían un bollito con granos de ajonjolí por encima y le dirían que se fuese con Felisa, para que le lavase otra vez cara y manos. Luego le mandarían de paseo al jardín, que tenía un sende-rito lleno de piedras y unos cuantos geranios, pero no se podía coger nada. Un poco de ternera para comer, tres cortecitas de pan alrededor del plato y un budín de tapioca. Luego toda la tarde con un librote encuadernado, impreso en letra muy chica y con vidas de niños muertos en tierna edad porque eran demasiado buenos para seguir en este mundo.

Matilde daba vueltas en su asiento. Si hubiese estado un poco menos incómoda, se habría echado a llorar; pero tanto le tiraba y apretaba el vestido nuevo, que ni siquiera llorar le dejaba, ni pensar en otra cosa que en el daño que le hacía.

Cuando, por último, se presentó Felisa, le dijo:

—¡Vergüenza te debía dar esa cara tan aburrida!

—¡Si no lo estoy! — dijo Matilde.

—¡Niña tonta, niña descarada! — gritó Felisa agarrando a Matilde por un brazo.

Era Felisa, aunque irritable, muy cuidadosa; pero aun el más cuidadoso se descuida alguna vez, y aquella mañana tenía que equivocarse de ómnibus... porque, si no, no habría cuento. Y ¿qué iba a ser de nosotros sin cuento?

Era un ómnibus verde y dorado muy nuevecito, y dentro tenía unos almohadones verdes también y muy blandos. Matilde y su aya lo disfrutaban ellas solas, y la niña em-



Un niño se acercó a ellos.

pezó a sentirse más a gusto, sobre todo luego que consiguió romper un espunte del hombro, con lo cual el vestido le estaba un poco menos apretado.

Entonces dijo—: Siento haberme enfadado, querida Felisa.

—Así debe ser — contestó ella, sin añadir que también sentía haberse irritado; pero no esperéis nunca que diga cosas por el estilo una persona mayor.

No era, ciertamente, aquel ómnibus el que debían haber tomado, porque en lugar de ir dando tumbos por calles largas y polvorientas, iba despacito y muy suavemente por una verde pradera, con setos floridos y árboles verdes. Tan encantada iba Matilde, que no se movía, cosa rara en ella. Felisa iba leyendo un novelón, “La Venganza de Lady Constanza”, y no se enteraba de más.

—No importa; yo no se lo digo — pensó Matilde—. Mandaría parar el ómnibus, quieras que no—. Paró, al fin, el ómnibus, por su propia voluntad. Felisa se guardó la novela en el bolsillo y saltó afuera.

—¡Anda!, ¿qué es esto? — exclamó, y corriendo se fué hacia donde los caballos estaban. Eran blancos, con arneses verdes, y tenían larguísimas colas.

—Oiga, joven — dijo Felisa al conductor del ómnibus—, nos ha traído usted a un sitio equivocado. Esto no es Quinta-seria; no lo es.

—Temo — dijo con la mayor amabilidad — que por una circunstancia fortuita y lamentable se hayan equivocado ustedes de ómnibus.

—¿Y cuando regresa?

—Este ómnibus no hace viajes de regreso. Sale de la ciudad una vez al mes, pero no vuelve.

—Pero tendrá que ir allá, aunque no sea más que para volver a salir — indicó Matilde.

—Para cada viaje se pone un ómnibus nuevo — dijo el conductor, volviendo a saludar con su sombrero de tres picos.

—¿Y qué se hace de los viejos?

—¡Ah! — dijo el cochero, sonriente—, según y conforme. Nadie lo puede saber de antemano, porque hoy las cosas cambian muy rápidamente. Adiós, y muchas gracias. No, señora, de ninguna manera.

Y rechazando la moneda que Felisa le ofrecía, se alejó en su coche a toda velocidad.

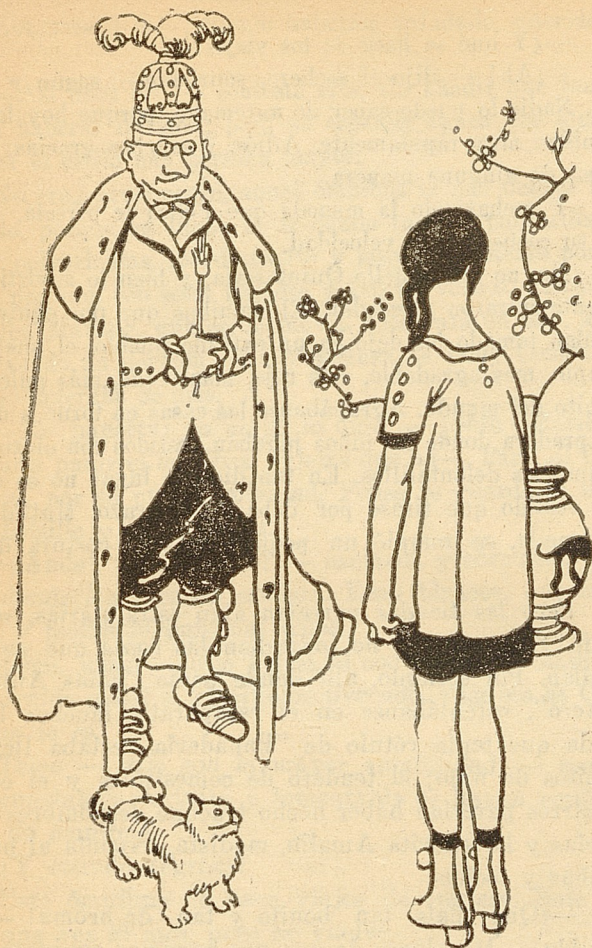
No, no era aquello Quintasería, y bien lo advirtieron en cuanto miraron alrededor. El ómnibus que por equivocación habían tomado las dejó en un extraño pueblo, el pueblo más limpio, más agradable, más rojo, más verde, más pulcro, más bonito del mundo. Agrupábanse las casas en torno a una verde pradera donde los niños jugaban vestidos con claros trajes o amplios delantalillos. En tan dichoso lugar no se concebía un vestido que tirase por debajo del brazo. Matilde, envalentonada, se rompió un poquito más la costura del hombro.

Pero las tiendas parecían algo estrafalarias, según advirtió. Sus nombres no indicaban las cosas que en ellas se vendían. Por ejemplo, allí donde ponía “Elías Antúnez, hojalatero”, ostentábanse en el escaparate, muchos bollos; la tienda que tenía rótulo de “Panadería” estaba llena de coquecitos de niño; el tendero de comestibles y el constructor de carros parecían haber hecho trueque de nombres o de mercancías y la señorita Amalia, modista, exponía al público salchichas y tocino.

—¡Qué país tan bonito y tan de broma! — exclamó Matilde—. Me alegro de que nos hayamos equivocado de ómnibus.

Un niño de pocos años que llevaba delantal amarillo se acercó a ellas.

—Dispensen — insinuó con finura—, pero todo extran-



El rey salió a su encuentro ..

jero tiene que ser conducido inmediatamente ante el Rey. Hagan el favor de seguirme.

—¡Vaya un descaro! — dijo Felisa—. ¿Extranjeras nos-
otras? ¿Y tú, quién eres?

—Yo—repuso el niño haciéndole una reverencia profunda — soy el Presidente del Consejo de Ministros. Ya sé que no lo parezco, pero en ocasiones las apariencias engañan. Es posible que mañana vuelva a tomar mi propia figura.

—¡Qué juego tan bonito! — dijo Matilde al niño—. Yo también quiero jugar.

El frunció el ceño.

—Les intimo a que vengan inmediatamente — dijo en tono tan severo, que la misma Felisa se quedó un poco asustada—. El Palacio, de Su Majestad está por este lado.

El Palacio estaba en medio de un vasto parque verde, engalanado con flores blancas. No se parecía a otros palacios reales, al de Madrid, o al de San Jaime, por ejemplo, puesto que era muy hermoso y estaba muy limpio. Al entrar vieron que las colgaduras eran de seda verde. Verde y oro era la librea de los lacayos, y los trajes de los palaciegos ostentaban los mismos colores. El rey salió a su encuentro.

—¡No sé cómo agradecer la visita, viniendo ustedes de tan lejos! — exclamó—. Por supuesto, ¿vivirán en Palacio?— continuó, mirando con interés a Matilde.

—¿Se siente usted a gusto? — le preguntó, dudoso. Y como Matilde, para ser muchacha, era bastante amiga de decir la verdad, le contestó en seguida:

—No; este vestido me aprieta alrededor de los brazos.

—¡Ah! — dijo el Rey—, ¿y no traen equipaje? Puede que algún vestido de la Princesa... uno de los antiguos, eso es... Y esta señora es su doncella... ¿verdad?

En aquel punto una pesada risa atravesó resonante el salón. El Rey, desconcertado, miró en torno suyo, como en espera de que ocurriese algo; pero, al parecer, nada ocurría.

—Sí — le contestó Matilde—, es Felisa... Pero... ¿qué es eso?...

Porque, ante sus ojos, el aya experimentaba un cambio

terrible. Al cabo de un instante, de la primitiva Felisa sólo quedaban las botas y el último volante de la falda: todo lo demás se había convertido en hierro barnizado de rojo y en cristal, y mientras Matilde miraba, el volante inferior se iba poniendo también plano, duro, cuadrado y los dos pies se convertían en cuatro pies de hierro, sin que ya hubiese Felisa por ninguna parte.

—¡Hija mía — dijo el Rey a Matilde—, tu doncella se ha convertido en máquina automática!

Y era así. La niñera se había convertido en una de esas máquinas que se ven a la entrada de los teatros, codiciosas, arrebatadoras, que os dejan sin una moneda de diez centavos y os dan, en su lugar, una pieza de chocolate.

Pero no era chocolate lo que se veía a través de los cristales de la máquina que antes era Felisa, sino unos papелitos enrollados.

El Rey alargó en silencio a Matilde unas monedas. Matilde echó una dentro de la máquina, y tiró del cajoncito. Dentro había un papel; lo desenvolvió Matilde y leyó: “No seas pesada”—. Repitió la suerte, y el que entonces sacó decía: “Si no te estás quieta, se lo digo a mamá en cuanto llegue”. El que sacó después: “Quite usted de ahí, niña fastidiosa”. Entonces Matilde se dió cuenta de lo ocurrido.

—Sí—dijo el Rey—. No es posible la duda. Tu doncella se ha convertido en máquina automática de regañar. Pero no importa, hija mía, mañana será otra cosa.

—No se apure, que más me gusta así — replicó vivamente Matilde—. Ya verá como no tengo necesidad de echarle más monedas.

—No puedo hacer nada por ella — continuó el Rey, pesoso—. No tiene usted idea de lo rápidamente que cambian aquí las cosas. Ocurre ésto porque... pero ya se lo referiré todo cuando tomemos el te. Que la doncella la acompañe ahora,

¡ija mía, a ver si entre los vestidos de la Princesa hay alguno que le pueda servir.

Una doncella linda y amable condujo a Matilde a las habitaciones de la Princesa, le quitó el traje que tanto daño le hacía y le puso una bata de seda verde, tan suave que parecía hecha de plumón; Matilde, al verse tan cómoda, le dió un beso, de puro alegre que se puso.

—Y ahora, señorita, ¿querrá ver a la Princesa, verdad? Cuidado, no se lastime con ella. ¡Es tan afilada!

Esto no lo entendió Matilde hasta después.

La guió la doncella por varios corredores de mármol, hizo subir y bajar muchas escaleras, de mármol también, y por último llegaron a un jardín cuajadito de rosas blancas, en medio del cual estaba la Princesa, vestida de blanco y sentada sobre un almohadón de rosa, tan grueso como un colchón de pluma.

Al ver a Matilde se levantó. Era como vara y media de cinta blanca, sostenida sobre uno de sus extremos y un poco encorvada; vara y media de cinta un poco ancha, naturalmente; pero lo que para cinta sería ancho, para Princesa era bastante estrecho.

—¿Cómo está usted? — preguntó Matilde, que sabía bien la Urbanidad.

—Delgadísima, gracias — contestó la Princesa—. Y así era en efecto. Tenía la cara tan blanca y fina que parecía hecha de una conchita de ostra; las manos, finas y blancas, a Matilde le parecieron espinas; negros eran el cabello y los ojos. Matilde pensó que un poco más gruesa, hubiese sido bonita. Cuando le tendió la mano, sintió que unos huesos la lastimaban.

—Tengo que andar con mucho cuidado para no partirme — dijo —; por eso es tan suave este cojin; y no puedo jugar, no sea que me ocurra un accidente. ¿Sabe usted algún juego



Era un pájaro corpulento.

en que se pueda estar sentada?

Matilde no sabía más juego que el de la cunita, y se lo enseñó a la Princesa, poniéndose las dos a jugar sentadas

en el verde almohadón; la Princesa, con sus dedos espinosos, mostrábase mucho más hábil que Matilde con sus manazas rojas.

Mientras jugaban, no cesaba Matilde de mirar en torno suyo, admirándose de todo y preguntando, naturalmente, muchas cosas. Sujeto con una cadena, dentro de una jaula muy grande, había un corpulento pájaro. Tan grande era la jaula, a decir verdad, que ocupaba un lado entero del jardín. El pájaro tenía cresta amarilla como las cacatúas y largo pico, como los tucanes. (Si no sabéis lo que es un tucán, no sois dignos de que os vuelvan a llevar al Jardín Zoológico).

—¿Qué pájaro es ese? — preguntó Matilde.

—¡Ah! — dijo la Princesa —, es mi Kakatukán favorito; un ave de mucho valor. Si se muriera o lo robasen, Tierra Verde se pondría tan mustia como el país más miserable del mundo.

Matilde tomó el té en compañía del Rey. Era verdaderamente un hombre bien educado y trató a Matilde como si fuese persona mayor, de modo que la niña se sentía dichosa en extremo y se portaba admirablemente.

El Rey le contó sus quebraderos de cabeza.

—Ya lo ves — comenzó —. Tierra Verde era un país agradableísimo en otro tiempo. Hoy mismo tiene sus encantos, pero ya no es lo que era. Ese pajarraco, ese Kakatukán tiene la culpa, y ni a matarle ni a echarle nos atrevemos. Cada vez que se ríe, ocasiona un cambio. Mira mi primer Ministro: era un hombretón que no cabía por esa puerta, y ahora, en cambio, puedo levantarlo con una mano sola. Y mira también lo de tu pobre doncella. Ese pajarraco tiene la culpa de todo.

—Pero ¿por qué se ríe? — preguntó Matilde.

—No lo sé a punto fijo — contestó el Rey —; no veo nada que pueda hacerle reír.

Suspiró Su Majestad y dió a Matilde una rebanadita de pan con manteca. Luego continuó:

—No tienes idea de las cosas que ocurren. Un día que celebramos consejo, todos mis ministros se volvieron niños de pecho con calcetines amarillos. Y no podemos dar decreto ninguno hasta que no recobren su ser primitivo. Ellos no tienen culpa, y yo no puedo proveer sus vacantes, claro está; ¡pobrecillos!

—Naturalmente — asintió Matilde.

—Había cierto dragón — fué diciendo el Rey—, y cuando se presentó aquí yo ofrecí la mano de la Princesa y la mitad de mi reino al que lo matara. Es lo que se suele ofrecer como recompensa, según sabrás.

—Sí — dijo Matilde.

—Bueno, pues de tierras muy lejanas llegó un Príncipe joven y respetable, y todo el mundo acudió a verle luchar con el dragón. Hubo quien pagó más de setenta y cinco centavos por un asiento de primera fila, te lo aseguro. Sonó la trompeta, como para indicar al dragón que ya era hora de comer; tiró el Príncipe de su brillante espada, lanzamos todos un grito, y en aquel momento el condenado avechuecho se echó a reír, el dragón se convirtió en un gato, y el Príncipe, que tenía la espada en alto, no pudo contener su empuje y le mató. El populacho estaba furioso.

—¿Y qué sucedió entonces? — preguntó Matilde.

—Yo, por mi parte, hice cuanto estaba en mi mano. Dije que le concedería la de la Princesa como si tal cosa, acompañé al Príncipe hasta el palacio, y cuando llegamos aquí el Kakatukán había vuelto a echarse a reír, y la Princesa se había convertido en una viejísima institutriz alemana. El Príncipe se volvió a su país corriendo y de mal humor. A los dos o tres días la Princesa volvió a tomar su figura. ¡Qué tiempos aquéllos, hija mía!

—¿Me retiro? — preguntó Matilde.

—Sí, haz el favor — dijo el Rey—. Siempre cuento estas cosas trágicas a los extranjeros, por si alguno hubiese tan inteligente que pudiera ayudarme. Tú eres una muchacha muy simpática. ¿Te tienes también por inteligente?

Es muy agradable que le pregunten a uno si es inteligente. Tía-abuela Pilar sabe ya que “uno” no lo es; pero los Reyes están muy bien educados y Matilde se sintió muy satisfecha.

—No me tengo por inteligente — empezó a decir para no faltar a la verdad; mas, de pronto, el sonido de una cargada ronca atravesó el comedor de gala. Matilde se llevó las manos a la cabeza.

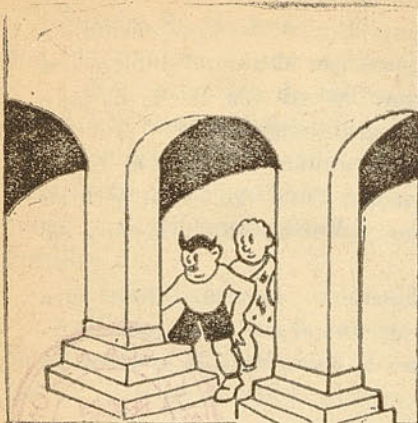
—¡Ay! — gritó—. ¡Qué cambiada me siento!... ¡Ay! re un instante... ¿Qué es esto?... ¡Ay!

Permaneció un instante callada, y luego, mirando al Rey, le dijo:

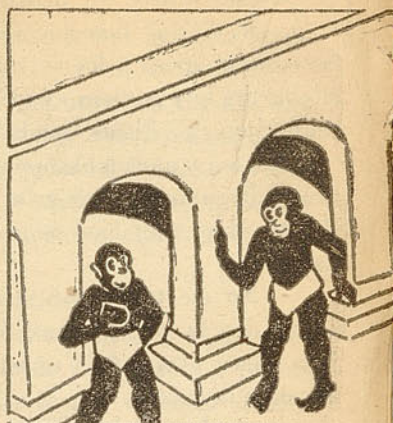
—No estaba en lo cierto, Majestad. Soy inteligente y reconozco que no me conviene estar en vela hasta muy tarde. Buenas noches. Le agradezco mucho su amable invitación. Me parece que mañana por la mañana tendré inteligencia bastante para darle ayuda, a no ser que el pájaro, riéndose otra vez, me vuelva a convertir en la Matilde de antes.

Pero a la mañana siguiente Matilde sentía en su cabeza una lucidez extraordinaria; sólo que cuando bajó a almorzar combinando proyectos para ayudar al Rey, se encontró con que el Kakatukán debía de haberse reído durante la noche, porque el hermoso palacio se había convertido en tienda de carnicero, y el Rey, harto prudente para luchar con el Destino, se había despojado de sus regias vestiduras y estaba ocupadísimo en pesar media libra de chuletas de cordero para una niña que llevaba una cesta.

(Continúa en la página 27).



1.—Pero no anduvieron muchos pasos cuando escucharon un fuerte silbido de la Serpiente. Se escondieron, entonces, detrás de una columna.



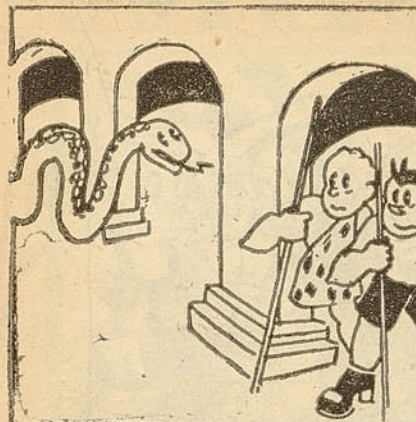
2.—Inmediatamente aparecieron por todos los corredores unos negros con lanzas. Buscaban a los fugitivos.



3.—Cuando uno de los negros pasó junto a la columna, Chascon lo tendió de un puñetazo y le quitó la lanza.



4.—Tarzán hizo igual cosa. Entre los dos, convenientemente armados, pusieron en fuga a los negros.



5.—Pero apareció entonces, al fondo del corredor, la Serpiente, con el hocico abierto, despidiendo llamas por la lengua.



6.—Chascon y Tarzán le clavaron sus lanzas; pero la serpiente los envolvió como un anillo de hierro. Después continuó silbando.



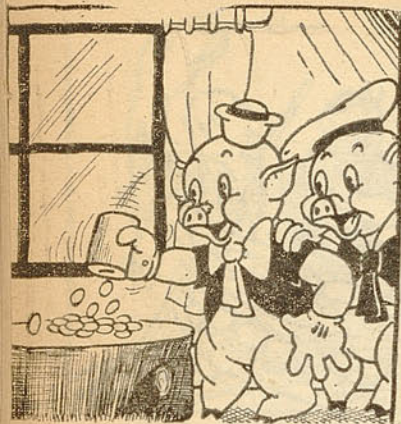
7.—Vinieron entonces unos hombres con bonetes y túnicas blancas, armados de puñales. Llevaron a los prisioneros a presencia del Jefe.



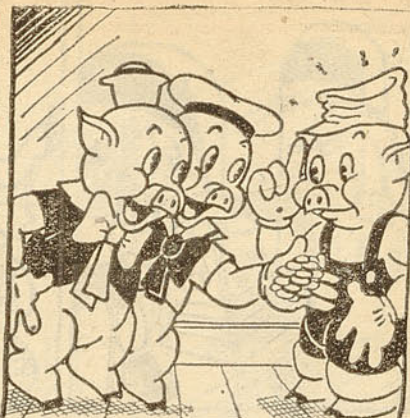
8.—El Jefe, con su hocico de dragón, daba terror a cualquiera. Los condenó a muerte. Los prisioneros fueron llevados al cuarto de los suplicios.

(¿Se salvarán?—Muchos creen que ha llegado para ellos la última hora)

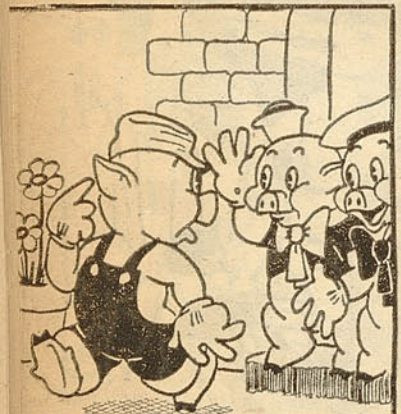
Los Tres



1.— Los Chanchitos estaban muy contentos con la proximidad de la Navidad y sacaron sus ahorros para comprar golosinas y juguetes.



2.—... Se los entregaron a su hermano para que les comprara algo para celebrar la fiesta, pues éste iba al pueblo a hacer las compras.



3.—Mucho ojo con el Lobo — les volvió a los Chanchitos —; yo veré pronto con las cosas para celebrar la fiesta de Navidad.

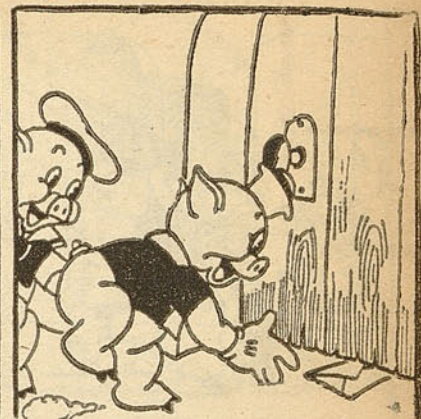


4.—El Lobo que rondaba por allí cerca en busca de comida, vió pasar al Chanchito camino al pueblo. — ¡Esta es la mía! — se dijo.

Chanchitos



5.—Esta vez obraré con más inteligencia para atrapar a los Chanchitos que quedaron solos en casa; — y se puso a escribir una carta.



6.—Cuando los Chanchitos vieron asomarse el sobre por debajo de la puerta, se apresuraron a tomarlo. — ¡Carta tenemos! — se dijeron.

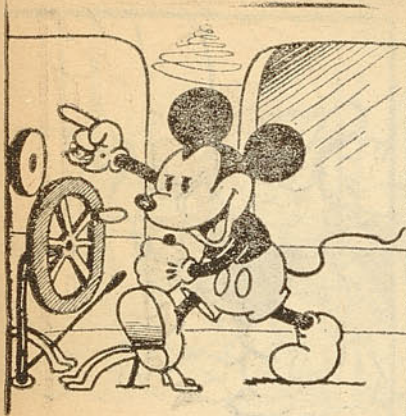


7.—Es de Santa Claus — dijeron — ¡Díce que nos traerá juguetes! —
— ¡No será del Lobo? —
— ¡No! Lo conozco bien. El Lobo siempre obra de golpe.

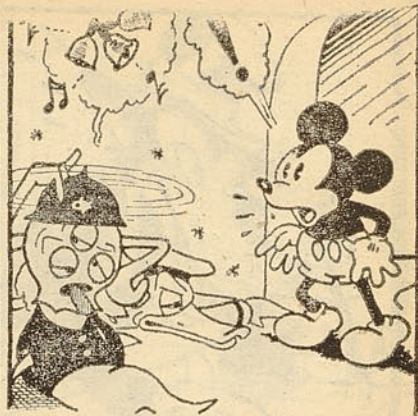


8.—Mientras tanto el Lobo se preparaba para entrar en acción. — Ahora ni sospechan — se decía.

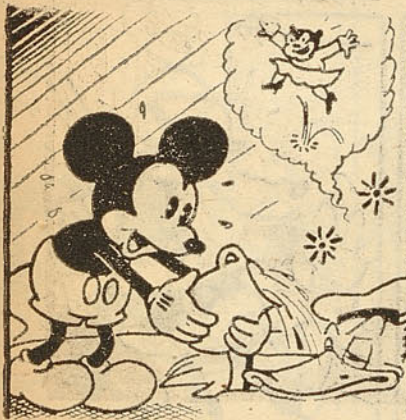
(Continúa).



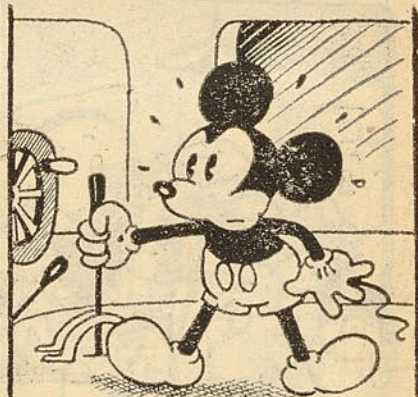
1.—Por fin se me quitó el mareo ahora podré enderezar el aparato en dirección a la Tierra.



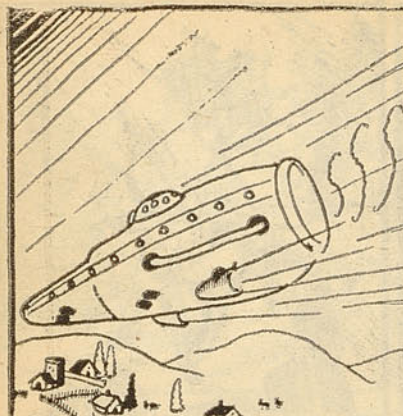
2.—¡Demonios! Estos todavía no despiertan de la borrachera y ya faltan minutos para llegar.



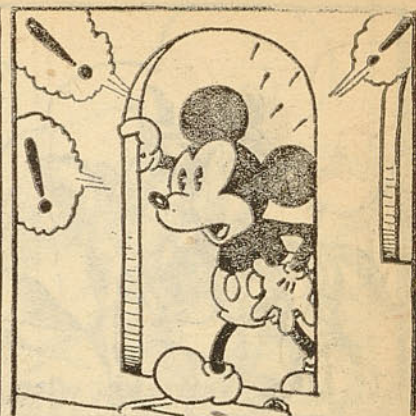
3.—Donald no sabe ni cómo se llama, tal vez mojándole la cabeza pueda respirar un poco.



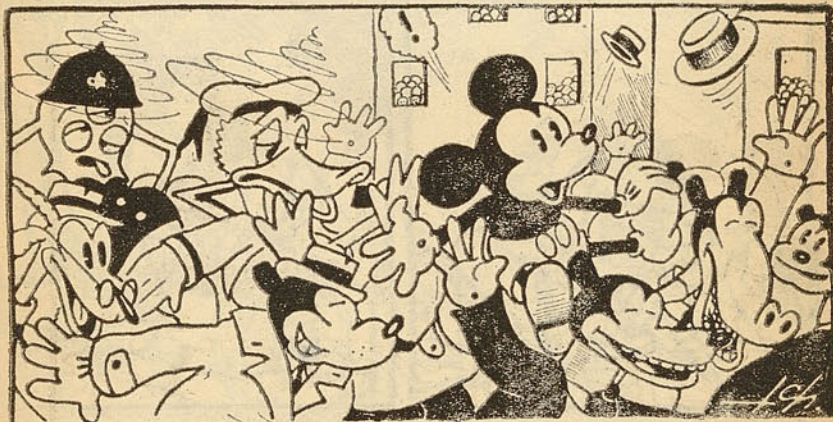
4.—¡Listo el pollo! Ya estoy cerca; ojalá caiga cerca de mi pueblo



5.—¡Qué suerte! Vine a dar casi justo de donde partí hace dos meses.



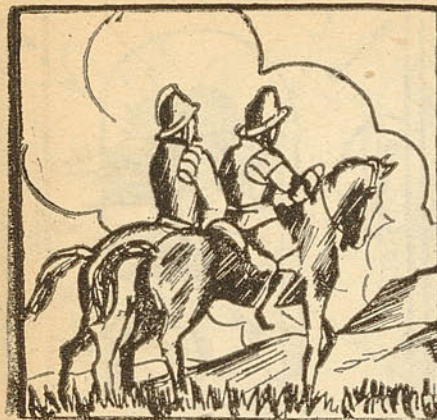
6.—¡Mi madre! No esperaba un recibimiento, pero vienen miles de personas con los brazos abiertos.



7.—¡Vivan los héroes! ¡Vivan los seres superiores! ¡Si hasta traen un marciano!

—Esperen, muchachos, dejen que se repongan del mareo porque van a marearse más.

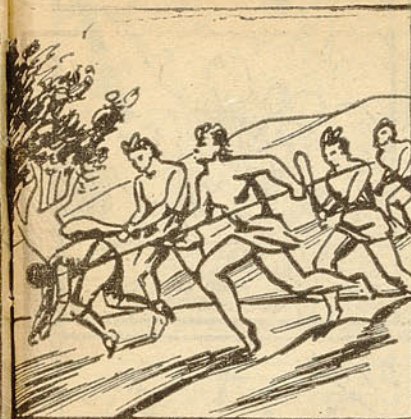
(Continúa).



1.—Los españoles ya estaban fatigados de luchar con los indios, los bravos araucanos, que parecían inagotables.



2.—Se retiraron, pues, en medio del bosque. Ya no podían hacerle frente al poderoso enemigo.



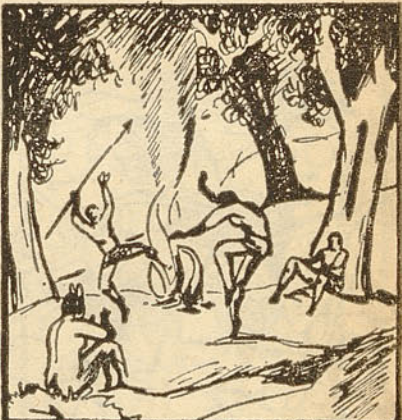
3.—Esta señal enardeció a los combatientes. Rugiendo como leones, cayeron, más numerosos que nunca, sobre los rendidos españoles.



4.—Fueron apresados todos los españoles que no alcanzaron a huir. Fué algo realmente feroz y desesperado.



5.—Los araucanos los persiguieron. La lucha se hizo más intensa. Aullaban de regocijo los indios, al darse cuenta de que iban triunfando.



6.—En un alto cerro vecino, los araucanos encendieron una fogata para dar la señal de que la batalla era sin cuartel. Estaban muy contentos.



7.—Valdivia cayó prisionero. En seguida, los araucanos lo mataron de un golpe de maza, dado en la nuca.



8.—Con los huesos de los españoles, los indios hicieron flautas. En las tardes, se escuchaban sus músicas victoriosas.

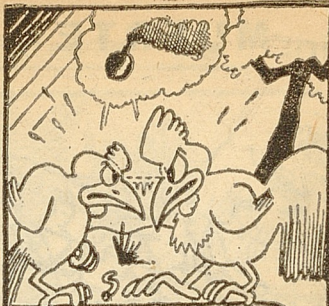
FABULAS

Ilustradas

Por J. CHRISTIE M.

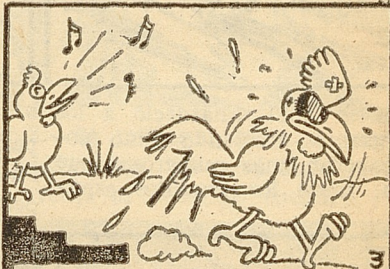
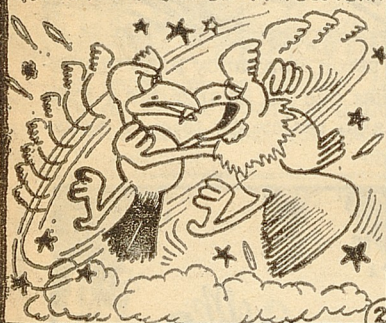
EL POLLO Y LOS DOS GALLOS

FABULA DE IRIARTE



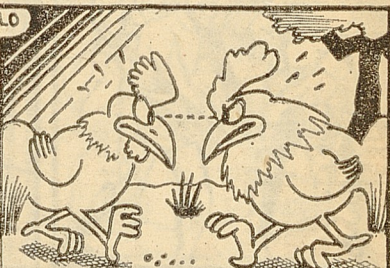
UN GALLO PRESUMIDO
DE LUCHADOR VALIENTE
Y UN POLLO ALGO CRECIDO
NO SE PORQUE ACCIDENTE...

TUVIERON UNAS PALABRAS DE MANERA
QUE ARMARON UNA BRAVA PELOTERA.

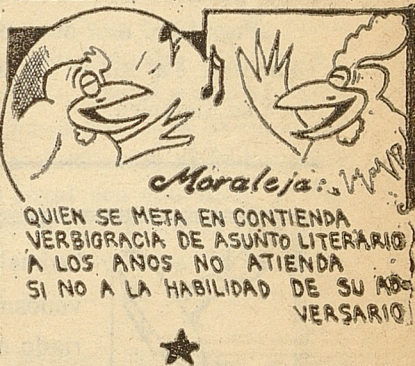


DIOSE EL POLLO TAL MAÑA
QUE SACUDIO A MI GALLO LINDAMENTE
QUEDANDO YA POR SUYA LA CAMPANA
Y EL VENCIDO SULTAN DE AQUEL SERRALLO
DIO CUANDO EL CONTRARIO NO LO OIA:

¡HUM! CON EL TIEMPO NO SERA MAL GALLO
EL POBRECILLO ES
MOZO TODAVIA



JAMAS VOLVIO A METERSE CON EL POLLO
MAS EN OTRA OCASION POR CIERTO EMBROLLO
TENIENDO UN CHOQUE CON UN GALLO ANCIANO
GUERRERO VETERANO...



Y ASI NO MAS ES...

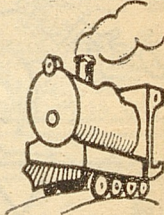


Los niños han trabajado bien

Estamos satisfechos del número de concursantes para nuestro celebrado Concurso de Navidad. De todos los rincones de Chile nos han llegado miles de monitos, pintados gozosamente por los lectores.

Podemos adelantar que hay algunos concursantes que parecen verdaderos artistas. Se han esmerado en hacer lindos cuadros. Se nota un indiscutible adelanto sobre nuestro concurso anterior.

Pues bien, esta otra semana nuestros lectores van a estar contentos. Ya está el Jurado estudiando los envíos y pronto dará su dictámen.



Lo mejor, lo más novedoso y lo más variado en juguetes nacionales y extranjeros. Los papás encontrarán lo que necesitan, y los niños lo que desean.

CASA JACOB

Ahumada 23 y Estado 390
Santi-go
Plaza Aníbal Pinto.-Valparaíso

(Continuación de la pág. 15)

Kakatukán

—No sé en qué vas a ayudarme ahora — dijo en tono desesperado—; mientras el palacio esté así, no hay que echárse las de Rey ni de cosa por el estilo; trataré solamente de ser un buen carnicero. Si quieres llevarme las cuentas hasta que el pájaro se ría otra vez y me devuelva mi palacio.

Y el Rey se dedicó al negocio, respetado por sus súbditos, cada uno de los cuales, desde el advenimiento del Kakatukán, había tenido sus más y sus menos. Matilde llevaba los libros, hacía facturas y no lo pasaba del todo mal. Felisa, convertida en máquina, estaba en la tienda y atraía a no pocos parroquianos, que solían llevar a sus chiquillos para que los pobres inocentes echasen una moneda, que el aya recompensaba con un regaño. ¡Hay padres que son capaces de cualquier cosa! La Princesa iba a sentarse al jardín con el Kakatukán, y Matilde iba todas las tardes a jugar con ella. Pero un día en que el Rey había ido en coche a otro reino, el otro Rey de aquel reino se asomó a una de las ventanas de su palacio, y cuando el Rey pasaba, se echó a reír y le gritó:

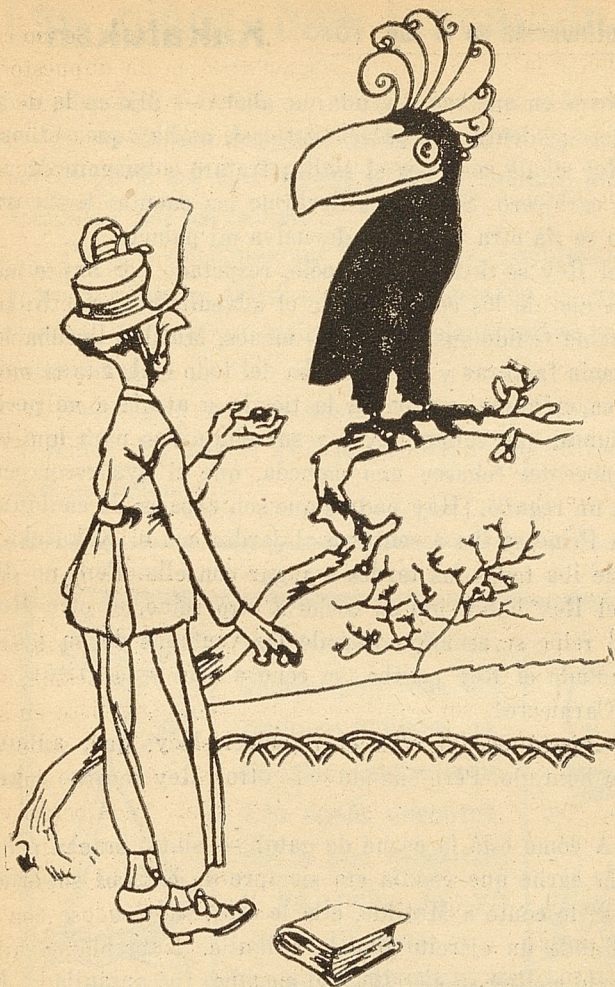
—¡Carnicero!

No reparó en tal cosa el Carnicero-Rey, que, aunque rudo, era honrado. Pero cuando el otro Rey se puso a gritarle:

—¿A cómo está la carne de gato? — sintió mucha pena, porque la carne que vendía era siempre de calidad superior. Cuando se lo contó a Matilde, ella le dijo:

—Mande un ejército que le aniquile.

Mandó el Rey su ejército y el enemigo fué aniquilado. El pájaro se rió de nuevo, el Rey volvió a ocupar su trono, y con la risa desapareció la tienda de carnicero, en el momento mismo en que Su Majestad decretaba un día de fiesta nacional y organizaba un magnífico recibimiento para sus tropas. Ma-



Felisa volvió a ser lo que era.

Elde ayudó al Rey a disponerlo todo. Gozaba con deleite el placer hasta entonces desconocido de sentirse inteligente, y se irritó sobremanera al oír la risa del Kakatukan en cuanto

el recibimiento estuvo perfectamente organizado. Se rió el avechucho, y la fiesta nacional se convirtió en un impuesto sobre la renta; la recepción espléndida, en una reprimenda de padre y muy señor mío, y el ejército, de repente, en una alborotada escuela dominical de chiquillos que estuvieron gritando y haciendo diabluras hasta que les dieron bollos y los llevaron a casa con riendas.

—Esto es demasiado, Matilde — dijo—. Siempre me has consolado. A mi lado estuviste mientras fui carnicero; tú llevabas los libros, tú apuntabas los encargos; tú ordenabas las existencias. Si eres inteligente de veras, ha llegado el momento de que hagas algo por mí. Si no lo haces, me retiro de los negocios, y dejo la corona. Me haré carnicero en cualquier parte y buscaré otra muchacha que me lleve los libros.

Aquello decidió a Matilde, que le habló así: :

—Bien está, señor; déjeme rondar, de noche, a ver si descubro lo que hace reír al Kakatukán: si lo consigo, trataremos de que no vuelva a ocurrir, sea lo que fuere.

—¡Ay! — exclamó el pobre Rey—, ¡si lo lograras!...

Aquella noche, cuando Matilde se fué a la cama, no se durmió. Esperó, acostada, a que el palacio estuviese en silencio, y después, deslizándose con suavidad gatuna, salió a los jardines, donde estaba la jaula del Kakatukán y se ocultó detrás de unos rosales, a observar y escuchar. Nada ocurrió hasta la hora del alba, en que se despertó el Kakatukán. Pero cuando el sol aparecía redondo y cuando brillaba sobre la techumbre del palacio, alguien se acercó deslizándose con suavidad ratonil; parecía vara y media de cinta blanca que se arrastrase, y era la Princesa en persona.

Pausadamente llegó hasta la jaula y, escurrióse entre los barrotes; muy juntos estaban, pero vara y media de cinta blanca bien puede pasar por entre los hierros de una jaula de pájaro, sea del tamaño que sea. Llegándose la Princesa a don-

de estaba el Kakatukán, le hizo cosquillas debajo de las alas, hasta que soltó una risotada. Luego, rápida como el pensamiento, la Princesa se volvió a deslizar a través de los barrotes, y antes de que el pájaro acabara de reírse, ya estaba otra vez en sus habitaciones. Matilde se volvió a acostar. Al otro día, todos los gorriones se habían vuelto caballos de tiro, y las carreteras estaban intransitables.

Cuando fué, como de costumbre, a jugar con la Princesa, Matilde le preguntó de repente:

—Princesa, ¿por qué está usted tan delgada?

—Bueno—dijo la Princesa impaciente—, pues yo estaba bastante gorda. Y luego me puse delgada...

—Pero ¿cómo?

—Porque no me quisieron dar todos los días mi budín favorito?

—¡Qué vergüenza! — exclamó Matilde—. ¿Y cuál es su budín favorito?

—El de pan y leche espolvoreada con hojas de rosa y pizcas de manzana.

En vista de ello encargó, bajo su responsabilidad, que hiciesen a la Princesa su budín favorito, y toda la Corte lo tuvo que comer a diario en adelante, hasta que no hubo palaciego que no aborreciese la leche y el pan y no prefiriese correr una porción de kilómetros antes de encontrarse con una pizca de manzana. A la misma Matilde le llegó a hartar, aunque, inteligente como era, conocía lo bien que le sentaban el pan y la leche.

Pero la Princesa iba poniéndose cada vez más gruesa y más sonrosada. Tuvo que abandonar sus trajes de papel de seda, y luego tuvo que dejar los que antes le estaban anchos, y después los que ya había usado Matilde, y, por último, que mandarse hacer vestidos nuevos, y conforme iba tomando carnes, iba volviéndose afectuosa y Matilde llegó a sentir

verdadera amistad por ella.

Un mes había estado el Kakatukán sin reírse.

Cuando la Princesa llegó a ponerse todo lo gruesa que debe estar una Princesa, Matilde se acercó a ella un día, y echándole los brazos al cuello la besó. Besóla también la Princesa y dijo:

—Siento lo que ha ocurrido. Antes lo sentía igualmente, pero no quería confesarlo; ahora sí. El Kakatukán no se ríe nunca sino cuando le hacen cosquillas. Más aún: detesta la risa.

—¿Y no le volverá usted a hacer cosquillas, verdad?

—No, claro que no — dijo la Princesa muy sorprendida —, ¿por qué he de hacérselas? Cuando estaba delgada, sentía mucho rencor; pero ahora que ya estoy gruesa quiero ver a todo el mundo dichoso.

—¿Y cómo pueden ser dichosos — preguntó severamente Matilde — los que están convertidos en algo distinto a lo que son en realidad? Ahí tiene usted a su padre querido, vuelto casi de campo, y al Presidente del Consejo de Ministros, que era una eriatura, y cuando cambió fué para convertirse en Opera Cómica. La mitad de las doncellas de palacio son olas que van a romperse contra la vajilla; la marina ve cambiados todos sus hombres en perros de aguas, y el ejército en salchichas de Francfort. Su doncella favorita es un próspero lavadero mecánico y yo, pobre de mí, tengo doble inteligencia que antes. ¿No podría ese horrible pájaro dejar otra vez las cosas como estaban?

—No—dijo la Princesa, deshaciéndose en lágrimas ante cuadro tan terrorífico—. Me dijo en cierta ocasión que cuando se reía podía hacer que las cosas cambiasen una o dos veces, pero que después, si volvía a reírse, se le cambiaban en cosas que ni él mismo sospechaba. No habría más que un medio para que todo volviese a ser primitivo..., ¡pero es

imposible! ¡Si pudiéramos lograr que se riese al revés!... En eso estriba todo, según me dijo, pero yo no sé lo que es eso ni cómo se puede conseguir. ¿Y usted, Matilde, lo sabe?

—No—repuso Matilde—, pero se lo diré bajito, porque nos está escuchando: Felisa es quien lo sabe. Muchas veces me amenazó con hacerme reír al revés, pero nunca lo hizo.

Oyóse de pronto un rechinar de ruedas. Cuatro hombres entraron en el jardín llevando en una carretilla un objeto rojo, muy grande. Lo dejaron frente al Kakatukán, que se puso a columpiarse rabiosamente en su jaula.

—¡Ah! — exclamó—. Si alguien me obligase a reír, lo único que cambiaría había de ser esta horrible casa, lo aseguro. Y se cambiaría en algo más horrible de lo que ahora es; lo siento en todas mis plumas.

Abrió la Princesa la jaula con la llave del Primer Ministro, se deslizó hasta donde estaba el Kakatukán y le hizo cosquillas, primero en un ala y luego en la otra. Fijó el ave sus fatídicos ojos en la rojiza máquina y soltó una carcajada muy fuerte y muy larga; vió que el hierro y el cristal tomaban ante sus ojos la forma de Felisa. Tenía las mejillas rojas de cólera y sus ojos brillaban como el cristal, de furia que tenían.

—¡Bonita educación! — dijo al Kakatukán—. ¿De qué se ríe usted? ¡Ya le enseñaré yo... ya le haré yo reír al revés, amiguito!

Hizo irrupción en la jaula, y ante la Corte atónita cogió por el pescuezo al Kakatukán y le hizo reírse del revés. Era un espectáculo tremendo, y el sonido de aquella risa contraria, terrible de oír.

Mas, de pronto, las cosas volvieron como por arte de magia al estado que primeramente tenían. El lavadero automático se volvió doncella, la casa de campo se convirtió en Rey, y todos los demás recuperaron su antigua forma.

Episodio N.º 14



5.—El español con el padre de Domingo partieron en busca de los negros. Robinson vió acercarse un día a la costa una extraña embarcación.

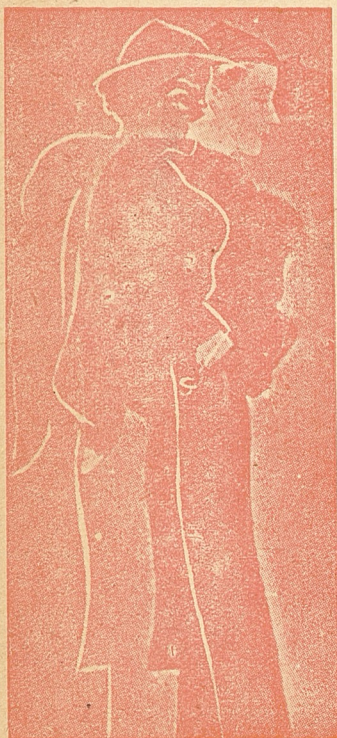


7.—Eran unos marineros que, sublevados, habían hecho prisionero a los oficiales.

7.— Robinson los salvó, armándolos debidamente. Los sublevados se sometieron entonces.

Todo el mundo se preocupa de su cuerpo....

cuida de no perder el cabello o los dientes...
aún de no perder la línea! Pero son muy pocos los que se preocupan de no perder los ojos!
LA VISTA PERDIDA NO PUEDE RECUPERARSE!



EL 85 % DE LAS ENFERMEDADES DE LA VISTA PROVIENEN DE DEFECTOS DE ILUMINACION. USE USTED LUZ DIFUSA EN CANTIDAD ADECUADA A SUS NECESIDADES, Y EVITARA MOLESTIAS, GASTOS, Y EL PELIGRO DE PERDER PREMATURAMENTE SU VISTA.

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.